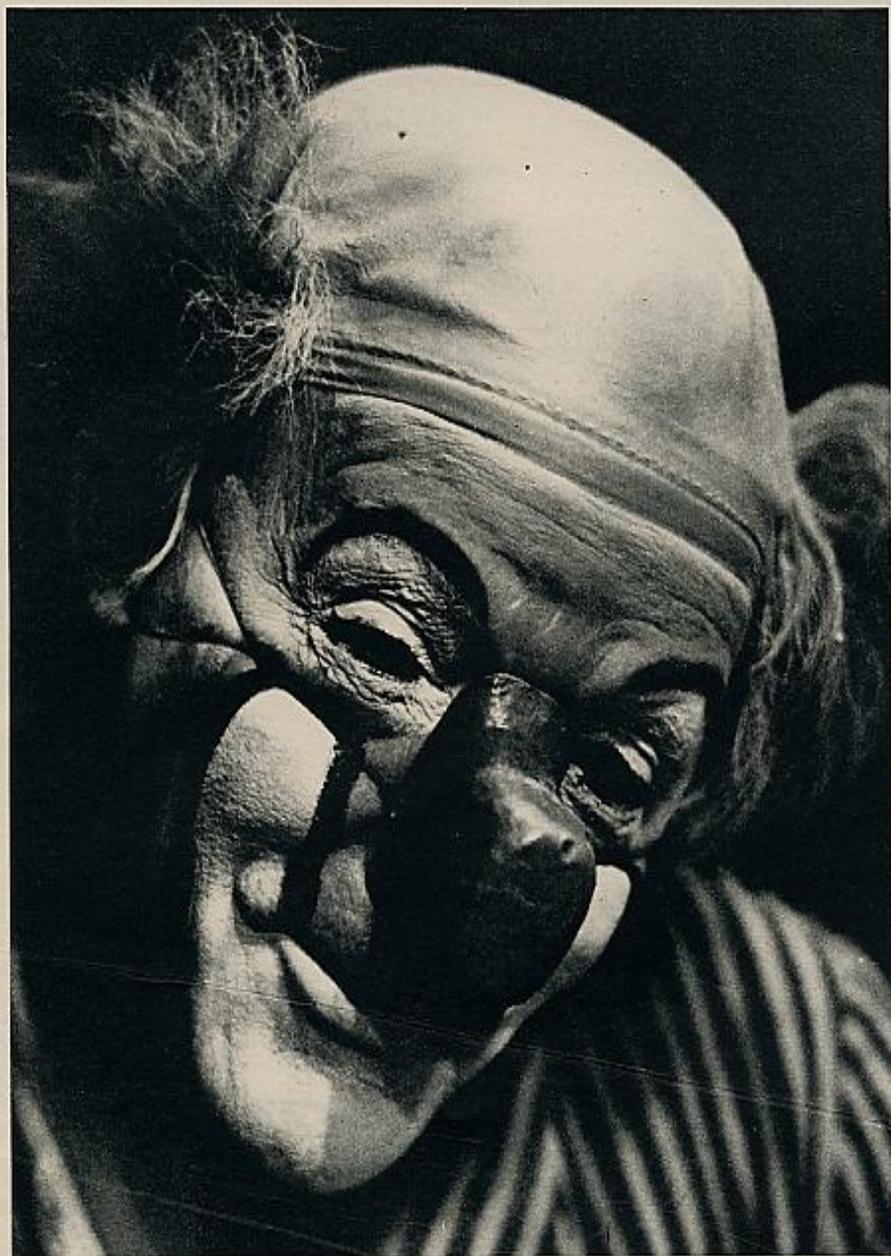


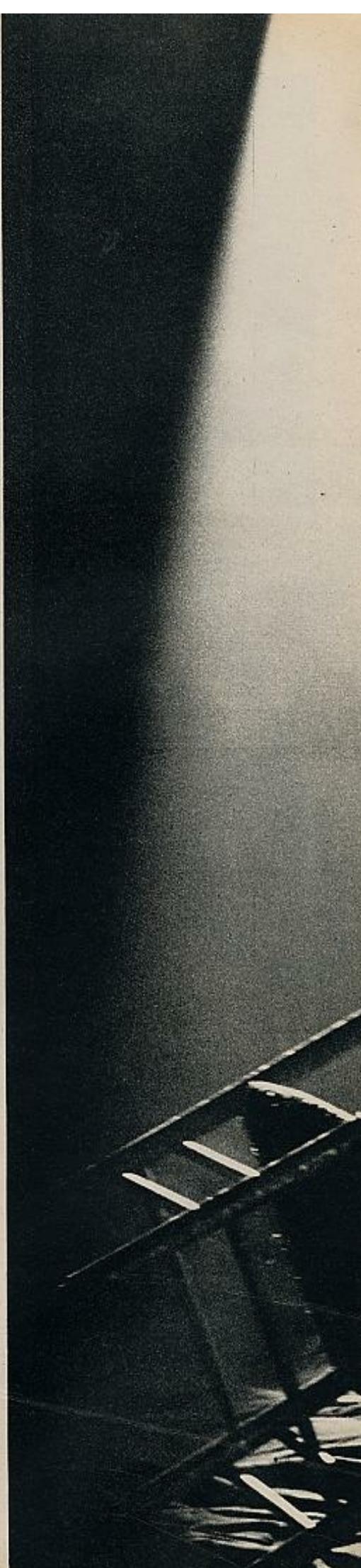
RIVEL

EL PAYASO

SESENTA AÑOS DE CIRCO



Charlie Rivel es un catalán de Cubellas, pero también es un artista de talla universal. En él coincide la herencia de más de tres mil años de tradición circense. Próximamente será homenajeado en Dinamarca.





SI uno fuese director de circo saltaría en este momento a la pista y, con la mejor voz engolada, anunciaría:
—Y ahora, señoras y señores... ¡el gran Charlie Rivel!
Los proyectores enfocarían la puerta triunfal de las amplias cortinas de terciopelo rojo y Rivel, enarbolando su famosa guitarra y dando traspies con sus enormes zapatones, avanzaría hasta el centro del circo.

Charlie Rivel se encuentra en posesión de un título supremo: el mejor clown del mundo. Siempre es difícil establecer el escalafón del arte, pero parece que en este caso no existen titubeos. Ante Rivel se afirma con el número uno y, seguidamente, se aplaude. Claro está que nuestro clown no ha llegado a la cúspide sin esfuerzo, porque en la cucafía de la vida nada es fácil y hay que escupirse en las manos para trepar y hay que devanarse mucho los sesos antes de alcanzar el premio. Rivel lleva sesenta años aprendiendo y puede suceder que todavía considere que no lo sabe todo, que es necesario seguir perfeccionándose y afinando todavía más aquel gesto o esta actitud.

En el circo, como en todo arte verdadero, la improvisación no tiene entrada y el llegar a adquirir un cierto renombre significa largos años de entrenamiento y de depuración. Quizá en el ámbito circense esto sea más cierto que en otras actividades. Los artistas de circo, sean de la especialidad que quieran, suelen proceder de familias que ya ganaban el pan actuando en las pistas y que, como si dijéramos, llevan en la sangre la vocación de trapezistas, de contorsionistas, de domadores, de alambristas o de clowns. Cada artista tiene tras de sí varias generaciones de profesionales circenses y él mismo se considera, al mismo tiempo, heredero de una dinastía y cabeza de otra. Se nace y se muere en el circo, porque, entre estos hombres, cuando la hora de la jubilación llega no se deserta y quien ya no sirve para evolucionar en las alturas al son de «El vals de las olas» se acomoda como ayudante, para sostener las escalas de cuerda, para tensar los cables que sujetan las barras o, más humildemente, para extender las amplias alfombras de la pista. Es muy raro que un profesional **SIGUE**



Uno de los números más celebrados de Rivel es una parodia de la «prima donna». Dicen que la imitada es María Callas. El payaso da aquí su más alta nota de humor.



Charlie Rivel ha sido protagonista de una película para la televisión danesa. Aquí vemos al cámara fotografiándole a su paso por el patio de los elefantes.

del circo sienta la necesidad de la deserción cuando los músculos flojean o se ha agotado el instinto del humor. El circo atrae y sujeta y todo lo condiciona en la vida de sus gentes.

En Charlie Rivel se cumplen, una vez más, las características del hombre circense. Su familia trabajaba ya en los circos. Componían una trupe de acróbatas. El cronista carece de información para poder asegurar si sus abuelos tenían la pista como soporte de sus vidas, pero se inclina a suponerlo. Un vástago tan robusto, desde el punto de vista artístico, como Rivel debe proceder de un viejo tronco más que centenario. Sólo así se explica su revelación, cuando sólo contaba nueve años de edad. Fue en París y en 1905. El clown Nolo se había puesto, repentinamente, enfermo. Su compañero, el payaso de la cara empolvada y la única gran ceja negra, se encontró, de pronto, sin partener. Era imposible celebrar la función desprovista del número de los clowns. ¿A quién recurrir, de quién echar mano? A alguien se le ocurrió proponer como sustituto al pequeño acróbata Pepi. El niño había dicho muchas veces que lo que de verdad le gustaba era ser clown y que en cuanto pudiera formaría pareja. El director acepta la propuesta y corriendo todos los riesgos de lanzar a la pista un payaso improvisado ordenó que fuese Pepi el sustituto. He hablado de revelación y la palabra no fue escogida a la ligera. Pepi actuó durante tres días y derrochó en ellos tanto talento que su destino quedó fijado definitivamente.

primero, los juglares

La profesión circense viene de muy lejos y, como solían decir los viejos cronistas, sus orígenes se pierden en la noche de los tiempos. Se cree que estos orígenes estuvieron en la India, aunque también se les sitúa en el Egipto faraónico. Pero estas apreciaciones hay que catalogarlas en el casillero de lo fabuloso. Versiones más documentadas hablan de Grecia y de Roma, donde los circos fueron, como en la primera, antecedentes de los hipódromos actuales y, en la segunda, sin perder esta característica hípica, una especie de Auschwitz entre deportivos y sangrientos para el exterminio de esclavos y cristianos. Cuando el gran Imperio romano desapareció, aquel concepto del circo también fue liquidado y fue necesario que transcurrieran siglos antes de que apareciera la verdadera levadura de lo circense tal y como hoy podemos comprenderla.

Al llegar a este punto el cronista se ve obligado a recurrir nada menos que a la erudición de don Ramón Menéndez Pidal, experto insigne en medievalismo y conocedor profundo de la juglaría, porque, realmente, son los juglares, en su diversidad, las primeras gentes circenses reconocidas; los progenitores directos de nuestros clowns, equilibristas, sinfonistas, cabalistas, prestidigitadores, domadores y titiriteros de toda especie. Es la

juglaría la madre de nuestro circo y la raíz de la alegría circense. De todo eso que se ha llamado el oscurantismo medieval, no se sabe por qué —porque la Edad Media es un surtidor de contagioso sensualismo—, procede, aunque fuertemente tocado en el ala por la picaresca, la tropa optimista, ágil y un tanto desordenada que habita bajo la carpa del circo actual.

Sobre el juglar se han esgrimido teorías muy diversas e incluso contrarias entre sí. Se ha dicho que la juglaría sólo estaba compuesta por mendigos, truhanes y vagabundos y se ha sostenido que no todo en ella era harapos y picardía, sino que formaban en sus filas cantores de iglesia, poetas, compositores y grandes señores y, en fin, «todos los que causaban alegría», es decir, todos los que aspiraban a la alegría y les gustaba alegrar. Parece que la verdad del caso debe ser explicada, más o menos así: la juglaría comenzó por abajo, entre los desheredados y trotamundos y de las toscas habilidades de éstos fueron contagiándose gentes de clases más elevadas que transformaron el oficio, haciéndole más refinado, profesionalizándolo y transformándolo en arte verdadero. Así se llegó al juglar, que era el hombre que hacía profesión de divertir a sus semejantes. El juglar debía saber cantar y tañer, bailar, recitar; debía poseer facultades de charlatán y de acróbata, de saltimbanqui y de escamoteador e incluso de domador y de actor. En España comienzan a aparecer en el siglo XII, en la Corte de León, fundiéndose en ellos la herencia de los antiguos mimos, músicos y escamoteadores romanos con la de los cantores germánicos, los «scopas», e incluso con la de los poetas árabes, gente inquieta y errante. Había juglares puros que se dedicaban a cantar las canciones de gesta, pero como la vida siempre fue dura y había que vencerla, el instinto imponía la adulteración que no era otra cosa que acomodarse a las necesidades propias y ajenas. Había que darle de lado a la poesía cuando ésta se mostraba como cabra seca y buscar ubres henchidas y productivas donde fuese. Si el señor del castillo se divertía más escuchando chascarrillos que oyendo la música de los versos no se sabe por qué el juglar iba a quedarse sin comer por no ofrecerle lo que el señor pedía. El juglar, por otra parte, procedía del pueblo, su arte era eminentemente popular y no se sentía obligado —salvo cuando el hambre apretaba— a ceñirse a los exclusivismos cortesanos. Para finolis ya estaban los trovadores, que eran los Rilke de la época.

El juglar era un artista de masas y muchas veces se transformaba en la voz de éstas, en su conciencia elocuente. Resultaba también, en ocasiones, un «artista comprometido» que denunciaba errores e injusticias, señalaba desafueros y hacía sátira y burla de la falsa moral y de los convencionalismos. Pasando el tiempo, esta tradición de protesta se incorporaría a la historia literaria, como se aprecia en aquel estupendo juglar que, en cierto modo, fue el Arcipreste de Hita, fiscal del rico: «Tú eres la avaricia, eres escaso mucho, — al tomar te alegras, el dar no lo has ducho...», ante el que confesaba fuerte repugnancia porque el rico no se harta **SIGUE**

«ni con todo el caudal del Duero». De estas actitudes a la sátira no había más que un paso; luego vendría, con tiempo de siglos, el chiste político de los Ramper, de los Teddy...

Del juglar solitario —había también juglaresas e incluso clérigos juglares— se pasó a la pareja o al pequeño grupo, con lo que aparecieron las primeras compañías ambulantes del circo incipiente. La unión facilitaba la variedad y el programa de habilidades aumentaba. Esto tenía su correspondiente satisfacción: subían los ingresos. Tales pequeños grupos circulaban de un lugar a otro al mismo tiempo que se perfeccionaban hasta que llegó la aparición del titere y del titiritero y, por otra parte, la del actor y el teatro. Los primeros construyeron sus muñecos, llevaban animales sabios, como monos, cabras y caballos, y sus instrumentos musicales: el laúd, el tamborete, el añafil o la pandereta; los segundos, sus disfraces y sus telones. A veces, unos y otros tropezaban con la Inquisición, pero a fuerza de gracia y de ingenio terminaron por vencerla. La Inquisición desapareció y el circo sobrevive.

segunda parte

Había que cortar la historia, porque no es cosa de recogerla aquí completa. La evolución del juglar hasta alcanzar el estadio de artista de circo fue lenta y el cambio no llegó a producirse sino a fines del siglo XVIII. Tantas centurias de maduración desembocaron en un espectáculo nuevo, diferenciado, completamente distinto a los existentes, de vitalidad exuberante. Este espectáculo tuvo como promotor —en el sentido que hoy damos a la palabra— a un sargento mayor británico, Philip Astley, cabalista consumado que, en 1767, organizó en Londres una exhibición de jinetes, acróbatas, malabaristas y payasos. Ya tenemos aquí el circo en toda su rotunda realidad. Poco después, Antoine Franconi, le imitaba en el continente y unos años más tarde el circo, que había actuado en sus orígenes a la intemperie y que con Astley se cobijó bajo techado fijo, descubrió el toldo, la lona puntiaguda y desmontable para poder seguir el largo camino de los viejos juglares: el camino de los nómadas.

Al mismo tiempo comenzaron a proliferar los circos en Norteamérica después que James Sharp abriera el primero en Salem. Los circos norteamericanos desbancharon en seguida a los europeos por su lujo, la multitud de artistas actuantes, su gigantismo y el sentido publicitario de su montaje. Los norteamericanos aportaron al espectáculo unas características propias que fueron rápidamente asimiladas en todo el mundo, incorporándole ese aspecto de gran fiesta, de festejo colosal, de dinamismo visual y acústico —luminosidad y música— que rebasa los límites del recinto y tienda a cubrir toda la ciudad en que se instala. Los norteamericanos dieron al circo una personalidad clave: el gran Barnum, el hombre que creó el tren circense —sesenta y un vagones llenos de acróbatas, de clowns, de malabaristas, de animales domesticados (entre ellos el elefante «Jumbo»)— e inventó los rasgos de la publicidad moderna, chillona y apabullante, que hoy tanto sirve para el circo como para una convención política. Vinieron después Cody («Buffalo Bill»), que incorporó a la pista los caballos y los jinetes del Oeste; los Rüngeling, la principal empresa circense del mundo; los Bostock, los Krone, los Medrano, los Price, los Feijoo españoles y tantos otros impulsores, promotores, directores y grandes artistas. Y entre estos últimos, Charlie Rivel.

un hombre sencillo

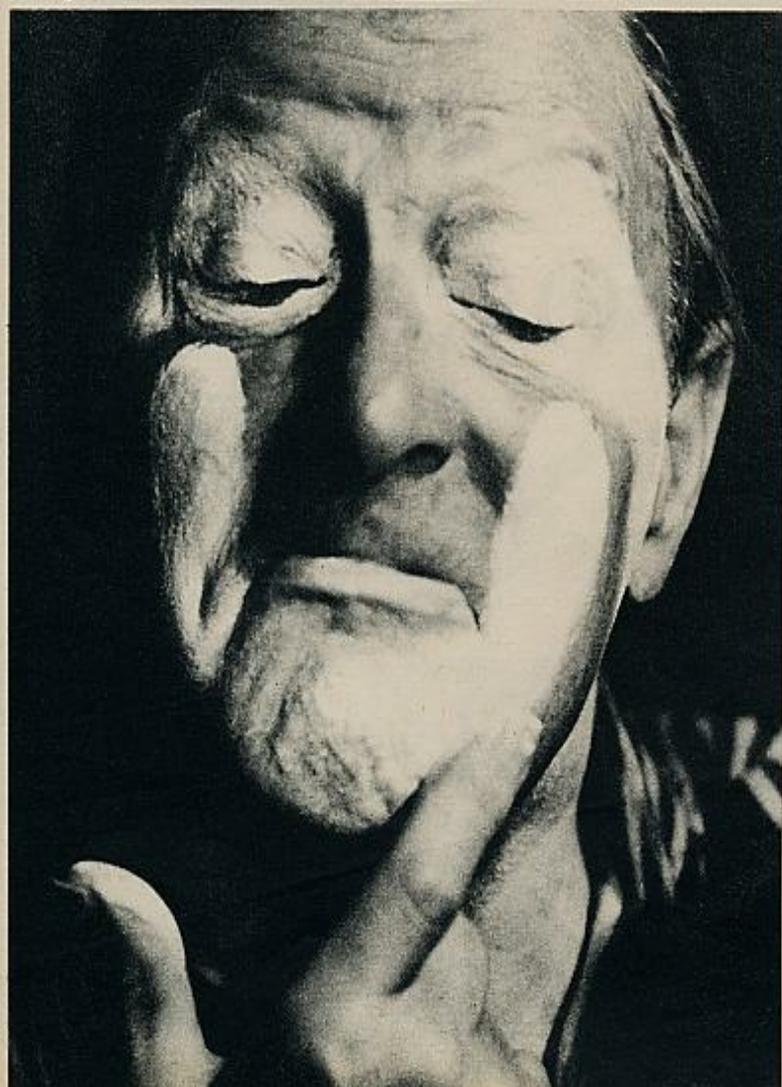
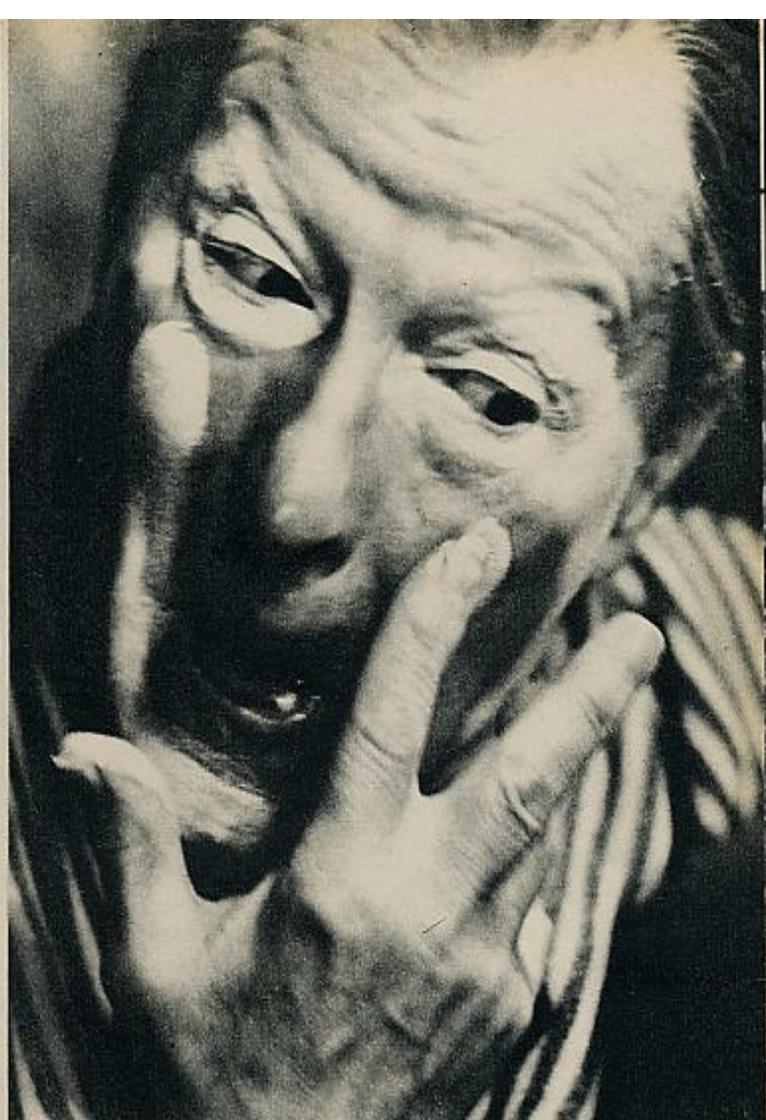
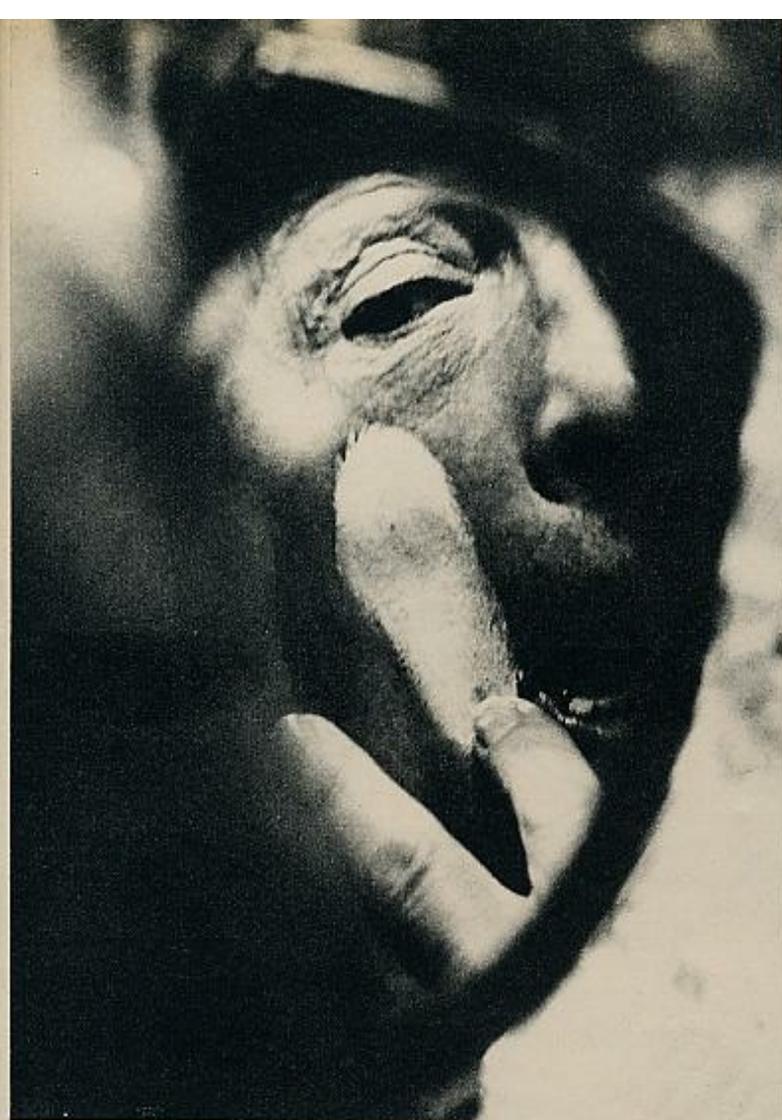
En 1958, Sorge, el presidente del Club del Circo de París, seguramente el más calificado erudito actual en cuestiones circenses, en una de sus habituales charlas por la televisión, designó a Rivel como el más grande clown de todos los tiempos. Este homenaje al payaso catalán venía a ser como el reconocimiento de su consagración. Entre aquella primera actuación del pequeño Pepi, cuando no vaciló en sustituir en la pista al payaso Nolo, y el espaldarazo de Sorge se extendía toda una vida de artista impar. Marcaban uno y otro dos puntos de su carrera. Ahora, Rivel cuenta sesenta y nueve años y lleva, por tanto, sesenta de clown. Si se le pregunta —como se le ha preguntado— a qué se dedicaría si volviera a nacer, su respuesta no es más que ésta: «Volvería al circo y sería payaso».

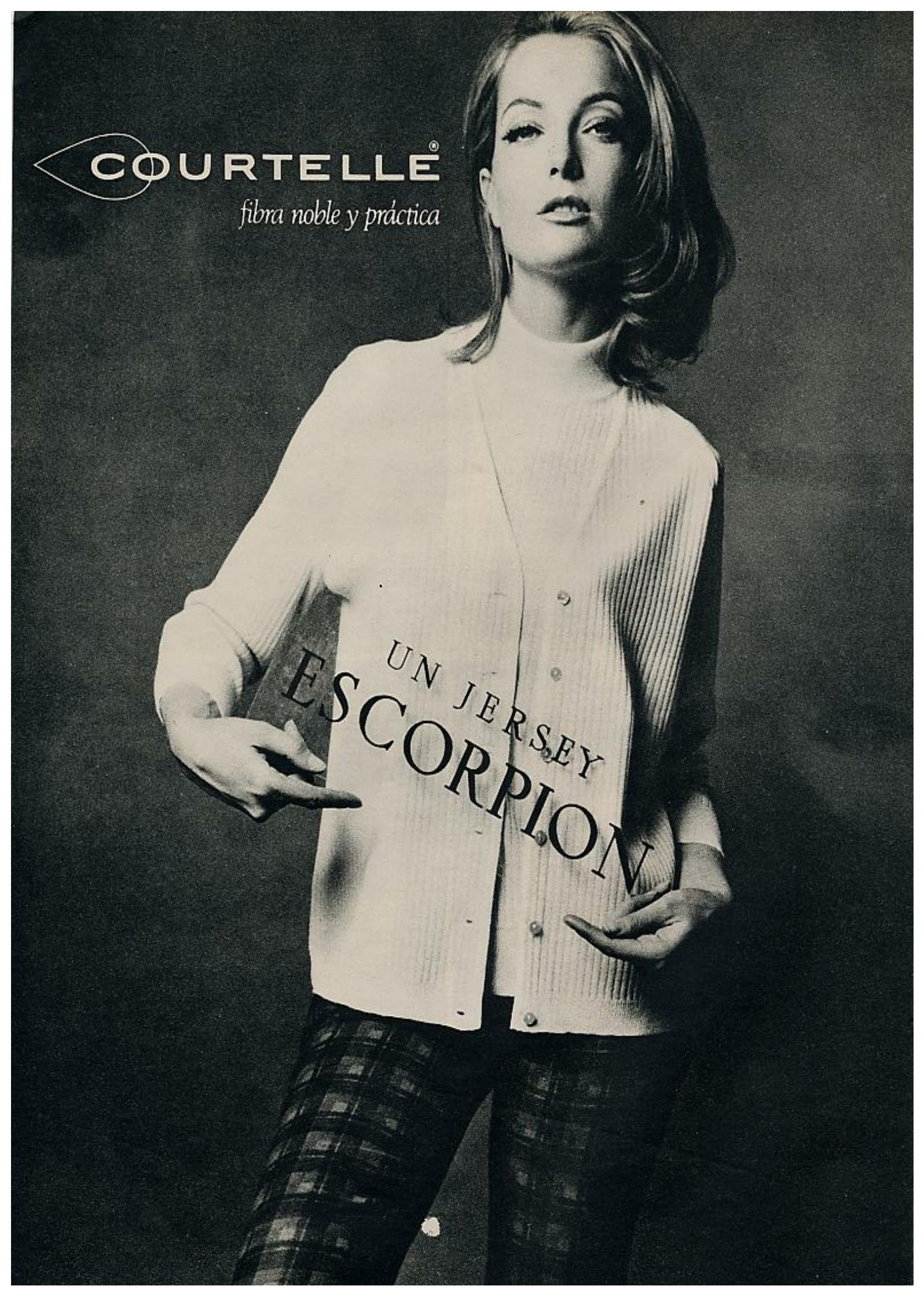
Unas palabras así sólo pueden pronunciarse cuando se está muy seguro de que, sucediera lo que sucediera, el final sería el mismo y de que los obstáculos que surgieran al paso volverían a ser vencidos con la misma tenacidad y el mismo entusiasmo. En la vida de Rivel no hay precisamente campos de rosas y hasta que su arte logró imponerse tuvo que luchar

SIGUE

Rivel va a salir a la pista. En su camerino se entrega a crear su otro «yo». ¿Cuál es su personalidad verdadera? Quizá no haya más que una: la del artista.







COURTELLE[®]

fibra noble y práctica

UN JERSEY
ESCORPION

RIVEL

contra el desamparo y el hambre. Su infancia fue más bien sombría, llena de apuros y de renunciadas. Pero, quizá, en ese pasado de penalidades reside el secreto de su optimismo, en el que hay como un desquite no sólo de sus hambres sino de las de los viejos juglares que anteriormente a él se esforzaron por alegrar la vida de sus semejantes. En su experiencia humana resuelta en alegría encuentra Rivel el solidario impulso de su arte. Pero también halla en ella la sencillez de estilo de su vida y de su actuación. Nada hay en su personalidad que suponga artificio o esfuerzo y cuando sale a la pista con su amada guitarra —la guitarra que habla y es casi como un ser humano—, o se pone a imitar a la María Callas, o dialoga con el público, o tropieza y cae al suelo como un muñeco vacío se ve que todo aquello es «su» natural; es decir, que todo aquello responde a una necesidad de gracia y humor pura y simplemente sentida.

Charlie Rivel ha alcanzado la cima de la fama y de la popularidad y como reconocimiento de su maestría, ahora, en el próximo mes, recibirá un nuevo homenaje. No se recuerda nada parecido en la historia del circo: su disfraz, la nariz de goma y sus grandes zapatones serán expuestos en el Museo Nacional de Dinamarca. No se exhiben allí frivolidades ni caprichos. Allí, como a cada museo que se precie, va lo importante. Y la indumentaria de Rivel se estima que es muy digna de figurar entre lo museable. El día de la presentación allí estarán Rivel y su esposa, la señora Carmen; y sus hijos, todos ellos acróbatas; y sus compañeros, desde la mujer barbuda y los chinos malabaristas hasta la ecuyere y los trapezistas. Será un acto solemne, pero también un acontecimiento familiar, una fiesta para toda la gente de circo. La fiesta repercutirá, como un soplo de cálido viento, ahí, en Cubellas, su tierra natal, a sesenta kilómetros de Barcelona. Luego, Rivel y los suyos continuarán recorriendo los largos caminos de la juglaría, divirtiendo a los niños y a los grandes, de ciudad en ciudad. Hay, por ahora, una meta: Hollywood, donde el genial payaso interpretará una película sobre «el mayor espectáculo del mundo». Después, con setenta años a la espalda, setenta años de juventud, seguirá adelante, adelante...

P. C.

(Reportaje gráfico Radial Press)



Estos son los grandes zapatos del payaso genial. Se los regaló, en Londres, un gigante que asistía a una de sus numerosas actuaciones.

HOLA LES RECUERDO EL ACONTECIMIENTO DE ESTA TEMPORADA. POR UNA CAMISA DE ALTA CALIDAD HOY PUEDE EMPLEAR MENOS DINERO.



GRACIAS AL ACUERDO ENTRE IMPORTANTES FIRMAS CONFECCIONISTAS DE ESPAÑA Y A UNA GRAN PRODUCCION, LA CAMISA PK PUEDE VENDERSE A UN PRECIO RIGOROSAMENTE AJUSTADO.



PK ES UN EXCLUSIVO CONTROL DE CALIDAD QUE VA DESDE LA SELECCION DE LA FIBRA HASTA EL ACABADO DE LA PRENDA. PK ES UN CONTROL TOTAL.



Este es mi consejo: compare calidades, haga números y vestirá la camisa PK Terlenka.

PK ES MAS CALIDAD A SU JUSTO PRECIO

EXIJA PK

Alto control de calidad

